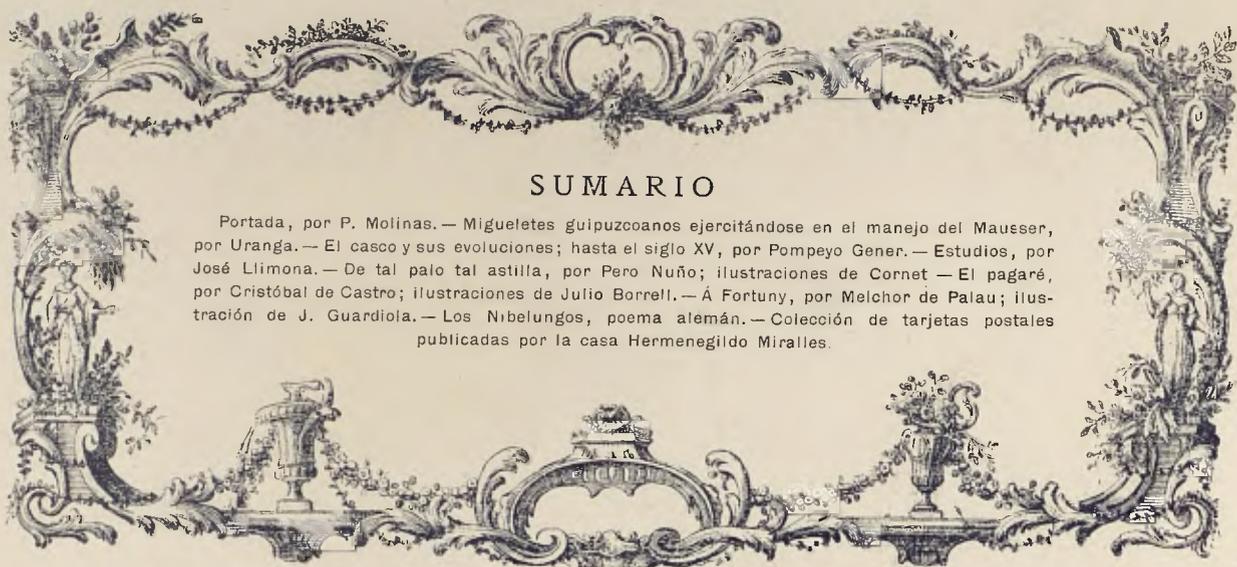




HISPANIC

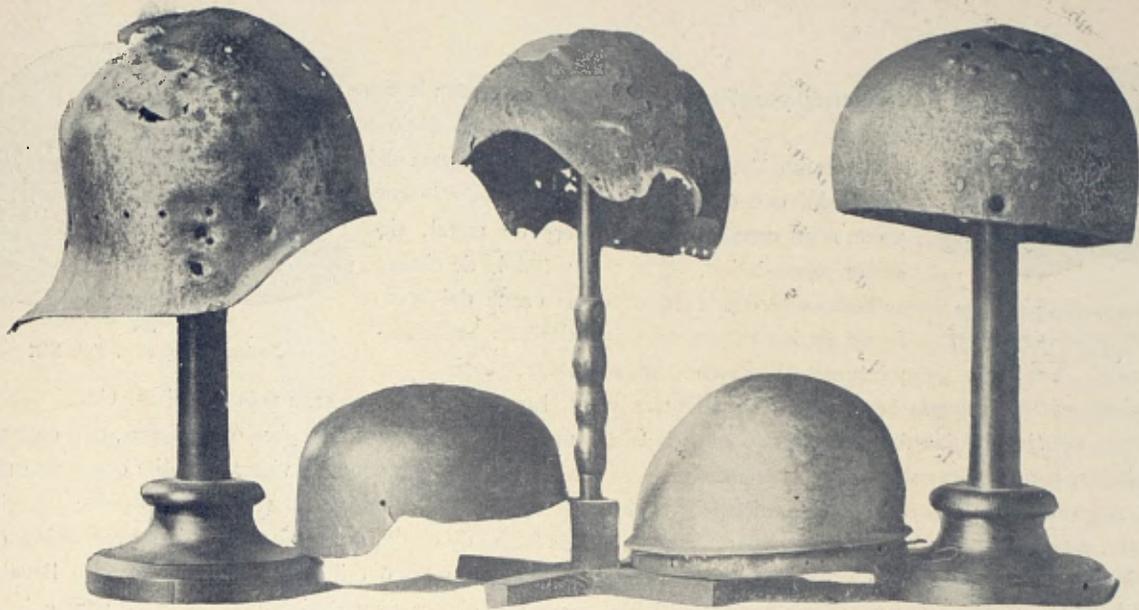


SUMARIO

Portada, por P. Molinas. — Migueletes guipuzcoanos ejercitándose en el manejo del Mauser, por Uranga. — El casco y sus evoluciones; hasta el siglo XV, por Pompeyo Gener. — Estudios, por José Llimona. — De tal palo tal astilla, por Pero Nuño; ilustraciones de Cornet. — El pagaré, por Cristóbal de Castro; ilustraciones de Julio Borrell. — Á Fortuny, por Melchor de Palau; ilustración de J. Guardiola. — Los Nibelungos, poema alemán. — Colección de tarjetas postales publicadas por la casa Hermenegildo Miralles.



URANGA. — MIGUELETES GUIPUZCOANOS EJERCITÁNDOSE EN EL MANEJO DEL MAUSSER



Cerveltüres ó bacinetes, del siglo X al XIII, encontrados en el pirineo catalán, cerca de Prats de Molló

EL CASCO

y sus evoluciones; hasta el siglo XV

Así como la espada y sus derivaciones ó análogos (puñal, daga, machete, sable, etc.,) han sido la principal arma blanca de ataque, el casco ha sido la primera defensa, pues la cabeza, siendo lo más importante del hombre, es lo primero que se le acudió resguardar de los golpes que recibir pudiera en la lucha.

En las épocas prehistóricas, á lo que resulta, los hombres se resguardaban la cabeza y las espaldas con la piel de un animal, ya fuera de un oso, de un carnero, ó de un león ó tigre. La cabeza de la piel, con los cuernos ú orejas, iba sobre la cabeza del hombre, á manera de casco, y la piel caía encima de las espaldas como un manto, sirviéndole la parte de las patas delanteras para sujetársela al cuello.

En los períodos de bronce y de hierro, los cascos más antiguos que se conocen en Europa eran cónicos en general, y algunos tenían una especie de cresta, llevando á veces como adorno cuernos de buey ó de búfalo. En el *British Museum* hay uno que es atribuido á los primitivos bretones, aunque algunos le asignan un origen escandinavo. Los cascos cónicos, tales como los que existen en los Museos de Saint Germain y de Ruan, son atribuidos á los galos, y el del Museo de Munich créese que representa el tipo de casco que llevaron los awaros y luego los godos.

En el Asia los cascos asirios también tenían una parecida forma.

El nombre casco viene de *kask*

en lengua sajona primitiva. En lengua céltica primitiva se decía *cas-ked*, que quiere decir estuche (*cas*, caja,) de la cabeza (*cead* ó *head*, cabeza). En alemán es *helm* (yelmo), como en inglés *helmed* (almete).

El casco más primitivo, pues, era una especie de cacerola de bronce, á cuyos lados se implantaban cuernos, ó alas (tal vez para infundir terror al enemigo), ó bien un embudo de cobre, que se reforzaba con tiras claveteadas, ó con una cresta, para embotar los golpes.

Pronto al casco cónico, los pueblos del Norte de Europa, le añadieron un *nasal* fijo, ó sea una tira de metal que bajaba de la frente hasta la boca, cubriendo completamente la nariz. Esta pieza se llamó *nasal* en inglés y *nasenberge* ó *schemenbart* en alemán primitivo. Este casco, en los primeros siglos de la Edad Media y probablemente antes, entre los bárbaros, iba calado encima de la capucha de piel ó de tejido burdo que cubría la cabeza, así como el casco cónico caldeo y asirio iba encima de una especie de turbante, ó tela con que se envolvían la cabeza, costumbre conservada después por los árabes y los persas.

Entre los normandos y los germanos de los primeros siglos medios, iba colocado no ya sobre un simple capuchón, sinó sobre uno de cuero todo cubierto de anillos ó de escamas, que formaba parte de su cota de armas, y más tarde sobre el capuchón de mallas, con que terminaba la cota de malla, llamado *Ring-haube*



Casco godo (faltan las carrilleras). Siglo VI á VII



Restos de un bacinete del siglo XI, encontrados en las inmediaciones de Narbona

en alemán y *mail-capuchin* en inglés.

El casco hemisférico ó bombado, con ó sin cimera y con ó sin carrilleras, es de origen greco-latino.

Todos conocen la elegante forma de los cascos griegos y etruscos. El casco ateniense

consistía en un casquete hemisférico con cogotera y carrilleras, que levantadas formaban como unas alas á ambos lados, y que bajas cubrían orejas y carrillos. Una cimera, ó á veces tres, en forma de abanico, formaban su remate, estando guarnecidas de crines, cortadas como un cepillo, y de una cola que cubría cuello y espaldas, tal cual la de los cascos de los coraceros franceses. Sobre la frente había una pequeña visera que se bajaba.

El casco beocio era casi esférico, con gran cogotera que se avanzaba por los lados en forma de carrilleras, y una visera fija en forma de careta. Puesto derecho, cubría toda la cabeza del guerrero, que miraba por los ojos de la careta. El timbre quedaba más elevado que la parte superior de la cabeza, é iba sobremontado por una cimera enorme, en forma de arco, guarnecida con crines como un gran cepillo.

Estos cascos, muy sencillos en la primitiva época, luego, como los atenienses, hicieron repujados, cincelados, llenos de placas de oro y de plata, y con figuras

que sustentan la cimera.

El casco frigio tenía la misma forma del gorro frigio, sólo que era de metal, sirviéndole de cimera la cresta del gorro doblada hacia adelante.

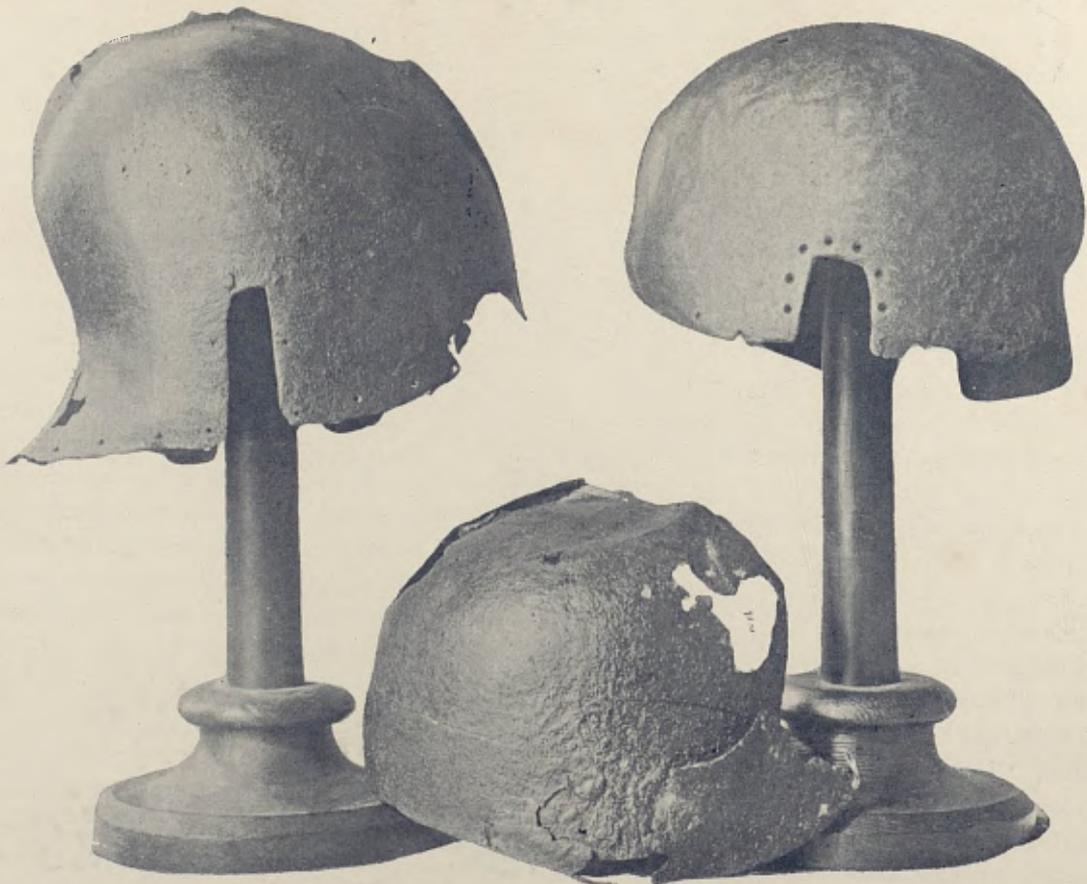


Bacinete con cogotera. Siglo XIII

Los cascos romanos eran más sencillos. Consistían en un casquete esférico, de cobre ó de hierro, con cogotera y carrilleras, una pequeña visera movable como una tira, sobre la frente, y tenían un remate en la parte superior, en forma de cestito ó de dado, que iba guarnecido con plumas pequeñas ó crines. Algunos legionarios llevaban sólo una cimera pequeñísima con un anillo para colgarse el casco á la espalda ó al lado, durante ciertas marchas. También estos cascos se adornaron con chapas de oro y de plata, con figuras y emblemas repujados, con cinceladuras, etc.

Después de la invasión de los bárbaros en los países latinos, en éstos los cascos se modifican, conservándose casi puros en el Imperio de Bizancio, con su forma antigua. En cambio, los godos y demás pueblos del Norte instalados en países latinos, usan su primer casco cónico con nasal, pero algo modificado y adornado.

Los germanos, en algunos puntos, recurban el cono hacia delante, dándole algo de la forma del casco frigio,



Celadas catalanas y aragonesas, marcando el tránsito de la *cervelière* á la *celada* propiamente dicha. Siglo XIII

y los francos, sobre todo en la época carlovingia, adoptan un casco timbrado, con una cresta ó cimera y los bordes avanzando algo caídos, como una bacinilla puesta al revés. Estos cascos eran de dos piezas, estando unidos por el centro, ó sea la cresta.

Otras veces lo que usan, lo mismo germanos que francos y normandos, es un casco plano de encima, con nasal, bastante elevado, llevándolo sobre de un gorro ó de la capucha de mallas. Estos cascos van reforzados con dos tiras de hierro, puestas encima en forma de cruz, que van á reunirse en el borde con otra tira circular, sostenida por clavos.

Estas son las formas de cascos usados hasta mediados del XII, en que aparece el *first pot-helm* de los anglosajones, y el *topfform helm* de los alemanes. Este es un ver-

mó en Francia, ó *bacinete*, como se le denominó en España.

Era éste un verdadero casquete de hierro, de forma hemisférica, ó ligeramente puntiagudo, que los infantes y los caballeros se ponían encima de la capucha de mallas.

En algunos, especialmente en los peones, que no debían recubrirlo con el *yelmo*, los bordes avanzan un poco cual las alas de un sombrero; en otros la parte posterior que corresponde al cuello baja más, constituyendo una verdadera cogotera. Alguno tiene una ligera quilla ó sutura angulosa en su parte superior. Estos cascos tenían un forro de cuero acolchado, y los caballeros no se los tocaban de la cabeza para ponerse el *yelmo*.

Algunos de estos pequeños cascos estaban formados por



Bacinetas, llamadas genovesas ó sean Capells de ferre catalanes, hallados cerca de Salou. Siglo XIII

dadero *pot*, ó sea un cilindro con timbre plano ó ligeramente bombado, tal cual un cazo de sacar agua. En la parte de delante una cruz de gruesa plancha de hierro, aplicada, refuerza la cara del casco, y por encima de los brazos de la cruz hay dos hendiduras longitudinales, por las cuales el guerrero mira. Además tiene agujeritos pequeños, al nivel de las narices y de la boca, para respirar. Este casco es llevado encima del capuchón de mallas, y se lo pone el guerrero sólo en el momento del combate.

Fué usado principalmente en las cruzadas. Á veces, y para darle un aspecto de lujo, iba recubierto de rica tela ó pintado, siendo la cruz plateada ó sobredorada.

Este *yelmo* se modifica un poco. El timbre, ó sea la parte superior, se bomba, y entonces se le pone una cimera emblemática, pero esto ya es á fines del siglo XIII.

Este casco es muy grande, y en el caso de desafío personal, justa ó batalla, se pone no sólo encima del capuchón de mallas, sino que debajo de éste se lleva una gorra acolchada con crin ó estopa, ó simplemente la gorra (barretina) que hoy día se usa en Cataluña, en Sicilia y en Portugal, pero redoblada del modo que aun hoy la llevan ciertos carreteros y en especial los serenos. Esto era para amortiguar los golpes.

Al mismo tiempo, ya desde el siglo VIII, se venía usando, en los países latinos, otro casco que en el XI se generaliza en toda Europa, y es la *cervelliere*, como se la lla-

piezas de hierro empizarradas en forma de gruesas escamas, y el soporte ó molde al cual iban clavadas ó cosidas, era un bonete hemisférico de baqueta, acolchado por dentro.

Desde aquí ya, y á partir del siglo XIII, empieza la evolución sensible del *yelmo* y la del *bacinete*.

El *yelmo* al llegar al siglo XIV se desdobra, es decir, se hace pesado y toma una forma que le permite encajarse encima de los hombros, avanzando su parte superior cerca de la hendidura de los ojos.

Cúbresele de lambrequines, que primero son sólo unas tiras de pergamino recortadas y festoneadas, y luego son ya de seda ó de gamuza, y se sujeta con un *bouurrelet*, en forma de corona, ciñendo el timbre del casco. Encima se pone una cimera, y ésta representa las insignias del caballero. Ya es un dragón alado, ya un muñeco ó muñeca, un sol, unos cuernos, un gran plumero, unas alas, una rueda, un pescado, un brazo con una espada, una antorcha, un santo, etc., etc. Estos *yelmos*, enormes, van sujetos á la coraza, por medio de una hebilla y una correa, por detrás, y por medio de un gatillo ó de hebillas por delante. Su peso es considerable, pero como descansan sobre las espaldas, el que los usa puede soportarlos. Además que se llevan tan sólo un corto rato, pues están destinados únicamente para fiestas y torneos. Así se llaman en alemán *stechtopf helm* y *tilting-pothelm* en inglés. Estos eran *yelmos* de 20 á 25 libras.

En cambio, los *yelmos* de guerra se aligeran. Se hacen



Celada catalana ó aragonesa
de fines del XIII, hallada cerca de Fraga

de acero, y por la parte central de su *facies* forman una quilla, para rechazar mejor los botes de lanza, los viretones, flechas y demás armas arrojadas, y su timbre es más bombado, más alto, para resistir no sólo los tajos, sino los golpes de maza y de hacha, y pronto toma la tendencia á apuntarse, volviéndose como un cono lo mismo en la parte del timbre que en la visera y se llama en general *pico de puerco*.

De otra parte, el bacinete evoluciona también en dos sentidos.

Alargándose los bordes hacia abajo, en forma de alas, vuélvese en el siglo XIV el *sombrero de armas*, ó *capell de ferre*, como se decía en Cataluña y Aragón, ó *bacineta genovesa*.

Este es el casco que usan principalmente los arqueros, ballesteros y demás peones, puesto, siempre, encima del capuchón de mallas.

La otra transformación del bacinete ó *cervelliere* consiste en alargarse por la parte de la nuca, llegando no sólo á cubrirla en forma de cogotera, sino á alargarse en punta hacia



Celada catalana del XIV, igual á las que están representadas en el arco de triunfo del rey Alfonso de Sicilia, (usadas en toda Italia). Falta la visera y el *barbote* que iba suelto.



Celada catalana de fines del XII á principios del XIII

el centro de la espalda. Por los lados avanza hasta cubrir las orejas y aun parte de los carrillos. Algunos tienen una tira que baja de la frente en forma de nasal, y vienen á ser casi lo mismo que el casco beocio, pero sin la cimera.

Estos bacinetes, transformados así, se llaman *celada*, nombre que unos quieren hacer derivar del verbo *celar*, español, y otros del *schallern* ó *schale* (copa), alemán, aunque la primera etimología sea la más verdadera.

Estas celadas se recubren de terciopelo y se les aplican adornos dorados, y hasta especies de remates, encima de la frente, y en la quilla que forman en la sutura central de la cabeza. También se añaden rosetones, en la parte correspondiente á las orejas, pero esto sólo es en las celadas de parada.

En el próximo estudio veremos las transformaciones de este casco, y las del sombrero de armas y de los yelmos, que se modifican ya completamente á fines del siglo XIV y á principios del XV.

POMPEYO GENER



Yelmo de torneo de principios del siglo XV, visto por detrás



JOSÉ LLIMONA.—ESTUDIOS



I

D. Cornelio Manso tenía un hijo de doce años que se llamaba Toribio y que causaba la delicia de sus padres por su afición á la gimnasia.

No abría jamás un libro; pero, lo que decía doña Tomasa:—Fortuna te dé Dios, hijo, que el saber poco te importa: lo esencial en la vida es aprender á dar saltos de trampolín, á sostener con firmeza las planchas que se hagan y á no soltar por nada de este mundo la breva, cuando se coja; y de eso nada enseñan los libros; todo ello es cuestión de gimnasia.

Alguna que otra vez argüía D. Cornelio que el saber no ocupa lugar; pero su costilla le hacía callar, diciéndole:

—Nadie con menos razón que tú puede hablar así, porque no sabes de la misa la media, y porque si algo has prosperado en el mundo y por algo has despuntado, á mí lo debes, no á tus conocimientos.

Y como eso era verdad y como don Cornelio sabía que sin las influencias de su mujer hubiera sido un pobrete toda su vida, callaba, ó decía á lo sumo:

—Lo que tú quieras.

Y Toribio continuaba sin estudiar, buscando la compensación de su ausencia cerebral en el desarrollo de sus fuerzas físicas.

¡Como que llegó á tener más fuerzas que un toro, según decía su madre!

—¡Qué bestia eres!—replicó ésta con naturalidad —¿No ves que en el baile se aprende á sostenerse en un pie como las grullas y á hacer grandes equilibrios?

—¿Y eso, qué?

—Que en este mundo, lo primero que se necesita para todo, es fuerza, y lo segundo equilibrio para sostenerse contra viento y marea.

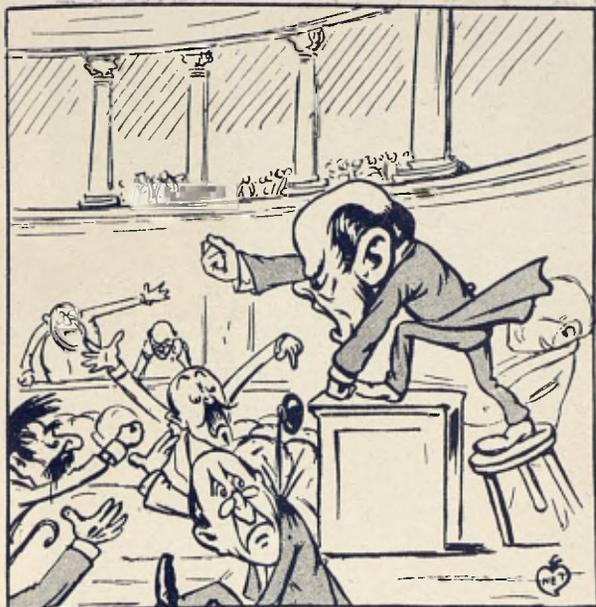
Y cátenme á Toribio en una academia de baile, haciendo «balancés», «avante dos» y figuras de contradanza, en virtud del deseo de su madre más que por afición propia, pues, en cuanto á bailes, sólo simpatizaba con el can-can, por su concomitancia con el paso gimnástico. ¡Si al menos la clase hubiera sido mixta y á ella hubiesen concurrido hembras! Pero el bueno del profesor, que ya frisaba en los sesenta años, decía que era enemigo de las faldas, porque solían revolotear demasiado.



II

Creció Toribio, y á los quince años se le ocurrió á D.^a Tomasa que, para *completar* su educación, debía aprender el baile.

—¿Vas á educarlo para bolero?—le preguntó don Cornelio á su consorte, admirado de tal determinación.



Como la afición de Toribio no era mucha y en lo de dar traspieses no considerara preciso el arte, menudearon sus faltas de asistencia, y cuando en cierta ocasión preguntó D.^a Tomasa al maestro en qué sobresalía su hijo, aquél le contestó:

—En hacer novillos.

III

Pasaron años y Toribio se convirtió en un tagarote de primera fuerza.

No era mal parecido, y esto, junto á su gran desarrollo muscular, fué circunstancia recomendable para una parte del bello sexo: para aquella que por exterioridades juzga de la interioridad de los hombres y de las cosas. Así es que, á pesar de su falta de meollo ó quizá por eso mismo, tuvo Toribio más partido que otros que en su ser compensaban lo desmedrado del cuerpo con la grandeza del alma y el vuelo del espíritu.

Y llegó el día en que se enamoró como un rocín, vamos al decir, de una rubita con ojos negros, muy zalamera, muy querenciosa, y que parecía haber asistido al gimnasio desde pequeña, á juzgar por ciertos desarrollos.

La chica se dejó querer; Toribio arremetió con ella por la Vicaría, y Eloísa fué en breve su esposa con todos los requisitos de la ley.

Vanos fueron los esfuerzos de D.^a Tomasa por dar á su hijo una prebenda como en otro tiempo consiguiera para su marido, y esto le hizo conocer que el tiempo no pasa en balde; pero Eloísa, que era huérfana de un muñidor de elecciones, dijo que ella proveería á todo, y, efectivamente, no pasaron muchos

meses sin que Manso fuese elegido diputado por Toro.

Y como al discutirse las actas en el Congreso impugnaran la suya y hubiese quien soltara pullas un tanto graves, tomó el electo la palabra, y berreó de tal suerte, que su mujercita, que oyó la polémica desde la tribuna, le dijo en casa, dándole un abrazo:

—No he visto un Manso más bravo que tú en todos los días de mi vida.

IV

Posesionado del cargo, gracias á la travesura y á las artes de su mujer, recordó sus ejercicios gimnásticos y equilibristas; tomó las sabias lecciones de su madre en aquello de chupar la breva y de no soltarla sin dejar clavados en ella uñas y dientes, y con esto y la cooperación de Eloísa, nuestro hombre navegó viento en popa, pues, aunque surgieron furiosos temporales en el mar de la política, se dió trazas para capearlos, y cuando no, para correrlos, dejándose llevar por ellos buenamente.

Y llegó á ser Gobernador, y luego Director, y más tarde Subsecretario, y, por último, Ministro; y si de allí no pasó, no fué ciertamente por culpa suya ni de su encantadora mujer. Bien es verdad que al hombre le sirvieron de mucho, para encumbrarse, las pocas lecciones que tomó del maestro de baile, pues las genuflexiones, los balancés, y, sobre todo, los pasos adelante y atrás, dados con oportunidad y acierto, contribuyeron poderosamente al éxito de sus empresas.

Su carácter, un tanto feroz al principio, se fué dulcificando, y aquellos arranques oratorios que hacían retremblar el salón de sesiones, degeneraron en discursos melifluros pronunciados con voz inalterable, así le llamaran perro judío, hasta el punto de que amigos y enemigos dijieran de él, después de una sesión borrascosa:

—¡Qué hombre! Tiene más pachorra que un buey.

Á lo que Manso contestaba, cuando lo oía:

—Pues todo lo debo á mi mujer y á la educación que recibí de mis padres.

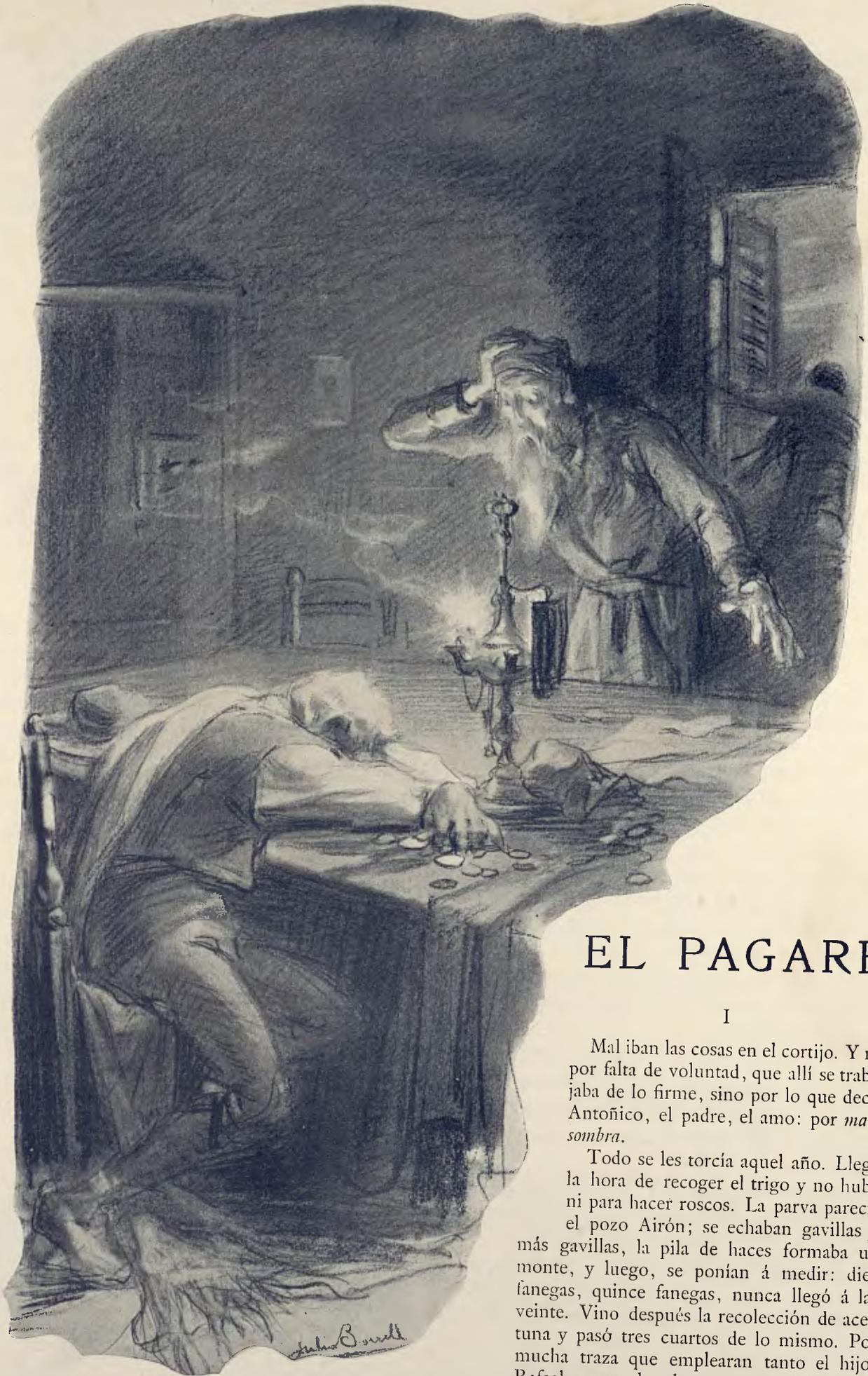
Y hay que convenir en que tenía razón.

¡Cuántos Toribios como ese hay por el mundo!

PERO NUÑO

Ilustraciones de CORNET





EL PAGARÉ

I

Mal iban las cosas en el cortijo. Y no por falta de voluntad, que allí se trabajaba de lo firme, sino por lo que decía Antoñico, el padre, el amo: por *mala sombra*.

Todo se les torcía aquel año. Llegó la hora de recoger el trigo y no hubo ni para hacer roscos. La parva parecía el pozo Airón; se echaban gavillas y más gavillas, la pila de haces formaba un monte, y luego, se ponían á medir: diez fanegas, quince fanegas, nunca llegó á las veinte. Vino después la recolección de aceituna y pasó tres cuartos de lo mismo. Por mucha traza que emplearan tanto el hijo, Rafael, como el padre, —que no dejaban un

SU LLIBRENTO HERRANIA



Josefina Alvarez



Juana Martinez

olivo sin apurarlo, — los gastos de molienda importaban más que lo recogido.

Esto, naturalmente, los traía de cabeza.

Verdad que en el cortijo era poco el gasto, porque trabajaban como fieras y casi nunca tenían que pagar peones; cierto es también que en comer potages, gazpachos y olla — que era toda su repostería — se invertía poco dinero; innegable es, asimismo, que necesitaban muy poco para vestir, porque iban siempre como adanes, rotos, sucios, llenos de mugre, y enseñando codos y rodillas. Pero, amigo, *donde se saca y no se echa...*

Así estaban los dos, con un humor de todos los diablos, sin ganas de vivir, cariacontecidos y tristonnes, que daban lástima. Por dejar, hasta dejó Rafael la novia. Decía que no le traía más que gastos y quebraderos de cabeza; y eso que un cortijero de veinte años sin novia es más raro que un mirlo blanco; y eso que al pobre se le iban los ojos tras de ella... pero, ¡qué demontre!... lo primero era lo primero; la casa se venía abajo y era menester acudir y sostenerla en pie á toda costa.

Antoñico, el padre, no sabiendo de qué privarse ya, ni cómo ahorrar alguna cosa, se quitó del tabaco. ¡Y que no le costó trabajo al infeliz!... Cada vez que fumaba alguno cerca de él, pasaba la pena negra... Se le conocía el martirio en la vista, en el gesto, en la voz.

—¿Qué, sale flojo?... — Y se le hacía la boca agua.

Pero estaba de Dios que no levantarían cabeza. No sirvieron ahorros, ni sacrificios, ni trabajos, ni cábalas. Llegó el día de pagar la contribución, fueron á echar mano... y ni agua. Tenían, por junto, dos duros y medio.

Aquella noche la pasaron muy mal. Tuvieron una conferencia muy larga, hasta que vino el día. Toda se les fue en darle vueltas al asunto. Había que pagar, pero ¿cómo, de dónde? Rafael apuntó una idea: recurrir á don Luis, firmar un pagaré. El padre por poco le pega al oírlo.

—¿Yo? — decía. — ¿Caer yo en manos de don Luis? Primero me *ajorcan*. No y no. ¿Tú no ves que es la ruína?

Pero vino el tío Paco con la rebaja: la realidad se impuso. Después de todo, que tiraran

por aquí ó por allí, no había más salida que aquella: don Luis y el pagaré.

Y aquella misma mañana Antoñico fue al pueblo, pagó la contribución y volvió al cortijo con dos mil reales, tan campante y satisfecho, como que acababa de salir de un apuro muy gordo.

—Siquiera esto es un respiro — dijo el padre. Y el hijo, moviendo la cabeza y soplando al aire, replicó: —Sí, pero *alli* queda un pagaré de mil pesetas...

II

Al año de esto, ocurrió lo que era de cajón: que como no pudieron pagar nada, el acreedor se les echó encima, amenazándoles con el embargo. Y de aquel perro judío no había que esperar clemencia; porque era un Zabulón sin caridad, que hasta á los de su fa-



milia les sentaba la mano y chupaba la sangre de los infelices como quien se bebe un vaso de agua.

Rafael, viendo encima la ruina de su casa, amargada la vejez del padre y cortadas en flor sus esperanzas de joven, se puso á cavilar. Qué haré, que no haré, se le vino á las mientes una idea: robar el pagaré, quemarlo hasta aventar la ceniza y luego... luego que vinieran á embargar.

Era espinosillo el asunto. La conciencia le mordía á cada instante, porque eso de robar y quedarse tranquilo, se queda para los canallas, y él tenía un corazón excelente. Pero, ¿y dejar que los echaran del cortijo?... ¿Y verse en el arroyo, como perros, sin casa, sin catre?... Él, menos mal, se las avendría como Dios quisiera; pero su padre, un viejo, un carcamal, ¡hombre, por Dios!... si clamaba al cielo...

Y, en fuerza de encariñarse con la idea un día y otro, llegó á encontrarla muy justa, muy lógica, la cosa más natural del mundo.

Á su padre, dicho se está que no le dió cuenta. Ya se guardaría. ¡Con el geniazo de Antoñico! Si llega á decirle ni tanto así, entonces sí que lo mata sin remisión. Bonito era el padre: más honrado y más bueno que el pan.

Por su parte, Antoñico también ocultaba su secreto y también traía á vueltas un problema gravísimo, un caso de conciencia que, como no hallaba confesor á mano, tuvo que resolver él de por sí.

El caso era este. Que Antoñico, cortijero hasta las cachas, perro viejo en asuntos de moneda, tenía unos ahorros... Seis ó siete mil reales, escondidos en el pajar, entre dos vigas. Los había juntado á fuerza de años, perra á perra, con una voluntad de hierro; mejor dicho, con un cariño de padre, porque aquello lo destinaba al casamiento del hijo. Nunca, ni por asomo, le mentó semejante cosa; su plan era eminentemente cortijero, sagaz, á la chita callando. Hasta que llegara el día de la boda, no chistaría por nada del mundo.

Y era muy gordo aquello de privar al hijo de la herencia; pero, de otro lado, ¿cómo dejar que los echaran del cortijo?

Así pasaron unos días, los dos pensativos y recelosos, cada cual con su píldora en el cuerpo, y sin decirse ni uno ni otro nada. Y llegó la víspera del embargo. ¡Qué noche, Señor, qué noche!... Ninguno quería entrarse en su cuarto. El padre decía:—¡Acuéstate, hombre, que mañana Dios dirá!—Y, por dentro, se regocijaba pensando en la cara que pondría el hijo cuando supiera que se había pagado. Y al hijo todo se le volvía decir:—Acuéstese usted, que quizás mañana se arregle.—Y, en su interior, se afirmaba más en la idea de robar el pagaré, y quemarlo y no dejar ni sombra...

Por fin, el padre dijo que

se iba á dormir; pero, con mucho tiento, de puntillas, se fué al pajar, por el dinero oculto, para entregarlo aquella misma noche.

Rafael, cuando se vió solo, cogió la escopeta, abrió la puerta del corral y se tiró al campo, en dirección á la casa de don Luis.

III

Á poco más de las diez de la noche, sonaron alda-bonazos á la puerta del prestamista, y Antoñico, con un gran bolso en la mano, entró en la cocina, dispuesto á recoger el pagaré.

Se sentaron junto á la mesa, donde ardía un velón; Antoñico, casi con las lágrimas caídas, empezó á contar duros y á hacer montones.—Diez... veinte... treinta...—El otro le miraba, que se le querían saltar los ojos de codicia.

Era la noche hermosísima, templada. Por la ventana que daba al campo entraba un airecillo suave que hacía oscilar débilmente la luz del velón. Antoñico callaba y seguía contando. De pronto, cuando el silencio era más grande, se oyeron fuera ruidos sospechosos de ramas y hojas que se movían, como si alguno se acercara.

Don Luis, el prestamista, se levantó asollispado y dió un soplo al velón. La cocina quedó á oscuras por completo. Sorprendido Antoñico, se echó sobre la mesa, cubriendo con el cuerpo los montones de duros.

Pasó un rato y el ruido volvió á reproducirse.—¿Quién va?—dijo don Luis. Nadie contestó. Silencio sepulcral.—¿Quién va?—volvió á decir: y en el instante sonó un tiro, y se oyó la precipitada carrera de un hombre...

Encendió don Luis un fósforo y, á su luz temblona, vió al pobre cortijero, de bruces en la mesa, chorreando sangre sobre los duros desparramados.

El infeliz murió, agarrado á aquel dinero, carne de su carne, reunido á costa de infinitas privaciones, de días sin comer, de noches sin dormir, por su hijo.

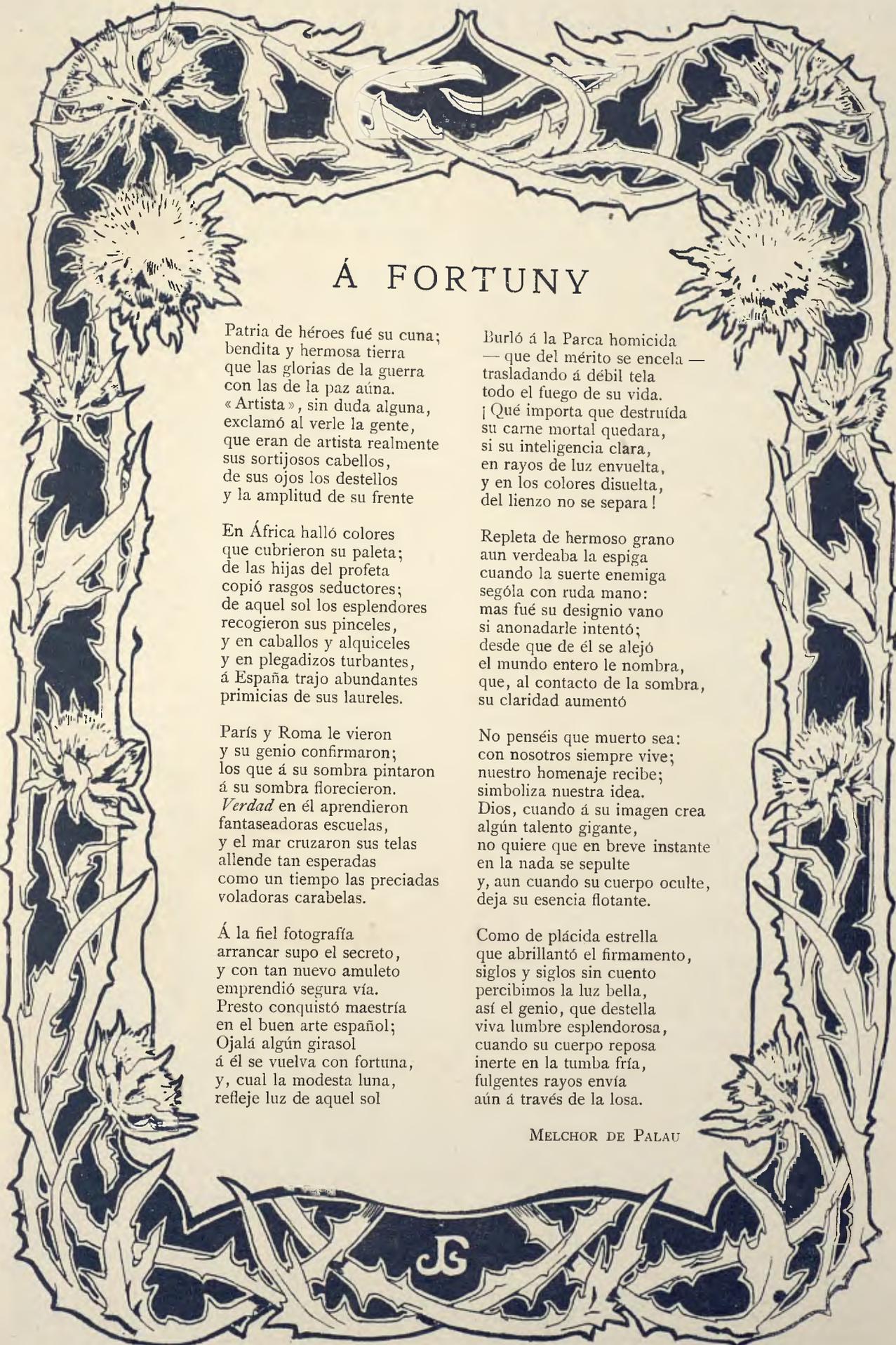
Entretanto, Rafael, el hijo, después de haber disparado su escopeta, y dar por segura la muerte del prestamista aborrecido, corría sudoroso y temblando, dispuesto á echarse á los piés de su padre y contarle la verdad...

Y el prestamista, á solas con el muerto, lo levantó de la mesa, dejándolo en el enladrillado de la cocina y, por el pronto, cogió los duros y los metió en el arca, juntos con el pagaré. En cuanto al muerto, ya vería lo que iba á hacer, cuando Dios amaneciera... ¿Quién iba á sospechar, con las influencias que tenía él?...

CRISTÓBAL DE CASTRO

Ilustraciones de J. BORRELL





À FORTUNY

Patria de héroes fué su cuna;
bendita y hermosa tierra
que las glorias de la guerra
con las de la paz aúna.
«Artista», sin duda alguna,
exclamó al verle la gente,
que eran de artista realmente
sus sortijosos cabellos,
de sus ojos los destellos
y la amplitud de su frente

En África halló colores
que cubrieron su paleta;
de las hijas del profeta
copió rasgos seductores;
de aquel sol los esplendores
recogieron sus pinceles,
y en caballos y alquiceles
y en plegadizos turbantes,
á España trajo abundantes
primicias de sus laureles.

París y Roma le vieron
y su genio confirmaron;
los que á su sombra pintaron
á su sombra florecieron.
Verdad en él aprendieron
fantaseadoras escuelas,
y el mar cruzaron sus telas
allende tan esperadas
como un tiempo las preciadas
voladoras carabelas.

Á la fiel fotografía
arrancar supo el secreto,
y con tan nuevo amuleto
emprendió segura vía.
Presto conquistó maestría
en el buen arte español;
Ojalá algún girasol
á él se vuelva con fortuna,
y, cual la modesta luna,
refleje luz de aquel sol

Burló á la Parca homicida
— que del mérito se encela —
trasladando á débil tela
todo el fuego de su vida.
¡Qué importa que destruída
su carne mortal quedara,
si su inteligencia clara,
en rayos de luz envuelta,
y en los colores disuelta,
del lienzo no se separa!

Repleta de hermoso grano
aun verdeaba la espiga
cuando la suerte enemiga
sególa con ruda mano:
mas fué su designio vano
si anonadarle intentó;
desde que de él se alejó
el mundo entero le nombra,
que, al contacto de la sombra,
su claridad aumentó

No penséis que muerto sea:
con nosotros siempre vive;
nuestro homenaje recibe;
simboliza nuestra idea.
Dios, cuando á su imagen crea
algún talento gigante,
no quiere que en breve instante
en la nada se sepulte
y, aun cuando su cuerpo oculte,
deja su esencia flotante.

Como de plácida estrella
que abillantó el firmamento,
siglos y siglos sin cuento
percibimos la luz bella,
así el genio, que destella
viva lumbre esplendorosa,
cuando su cuerpo reposa
inerte en la tumba fría,
fulgentes rayos envía
aún á través de la losa.

MELCHOR DE PALAU

LOS NIBELUNGOS

(CONTINUACIÓN)

El segundo compañero suyo tiene una arrogante presencia; si tuviera valor para ello y pudiera conseguirlo, sería digno de ser rey de este extenso país. Se distingue de los demás por su aire de jefe.

» El tercero de esos compañeros, parece que debe ser muy feroz, y sin embargo su cuerpo es hermoso, rica reina: sus miradas son vivas y las sostiene con altivez. Se refleja en su semblante que debe ser muy violento.

» El más joven de entre ellos, me parece muy hermoso: se vé á ese rico guerrero modesto como á una joven en su buena apariencia y en su gracia encantadora. Deberíamos temerle todo, si le ocurriera alguna desgracia.

» Pero, por sencillo que sea en apariencia, por bello que sea su cuerpo, si se enfurece hará llorar á muchas mujeres: su aspecto es tan bueno, que por todas sus cualidades se vé que es un guerrero fuerte y atrevido.»

Así habló la joven reina: « Que me traigan mi armadura: y si el fuerte Sigfrido ha venido á mi reino para conseguir mi amor, posible es que le cueste la vida: no lo temo tanto que pueda llegar á ser su esposa.»

Brunequilda la hermosa, se vistió bien pronto su traje. Muchas hermosas jóvenes formaban su acompañamiento: ciento ó más, con riquísimos vestidos. Los huéspedes deseaban ver á una mujer tan valiente.

En su compañía iban los héroes de Islandia, los guerreros de Brunequilda, llevando las espadas en las manos, en número de quinientos ó más; esto infundió cuidado á los huéspedes. Los fuertes héroes se levantaron de sus asientos.

Cuando la joven reina vió á Sigfrido, dijo á los extranjeros cortesmente: « Sed bien venido á este país, señor Sigfrido. ¿Cuál es el objeto de vuestro viaje? Deseo conocerlo.»

« Muchas gracias, señora Brunequilda, dulce hija de príncipes, porque os dignáis saludarme ante el noble guerrero que está aquí; él es mi señor: Sigfrido renuncia el honor.

» Es un rey del Rhin; ¿qué más queréis que os diga? Hasta aquí hemos navegado por vuestro amor. Quiere amarnos, suceda lo que suceda. Ahora reflexionad con tiempo: mi señor no abandonará por nada su propósito.

» Su nombre es Gunter, rey rico y valeroso. Si obtiene vuestro amor, nada más desea. Por vuestra causa lo he acompañado hasta aquí; pues si no fuera mi señor, jamás hubiera venido.»

Así le contestó: « Si él es tu señor y tú su siervo, él querrá probar lo que yo le diga; si sale vencedor seré su esposa, mas si una sola vez lo venzo, os costará la vida á todos.»

Así dijo Hagen de Troneja: « Permitid, reina, que presenciemos esas pruebas. Menester es que sean muy rudas para que Gunter, mi señor, quede derrotado; al contrario, confía conseguir á tan hermosa reina.»

« Debe arrojar la piedra, luchar después y esgrimir la lanza conmigo; no os precipitéis, pues pudiera suceder que aquí perderais el honor y la vida; pensadlo bien.» Así respondió la hermosa mujer.

Sigfrido el atrevido se adelantó hacia el rey y le suplicó le permitiera decir á la reina cuales eran sus deseos. « Yo os preservaré de todo con mis mañas; no temáis nada.»

El rey Gunter, dijo: « Elevada princesa, disponed lo que queráis: por vuestro hermoso cuerpo lo haré todo y aún más si son vuestros deseos. Ó perderé la vida ó seréis mi esposa.»

Al escuchar estas palabras, la reina mandó disponer las pruebas como se tenía por costumbre. Se hizo traer su armadura de combate, una coraza de oro y un buen escudo.

La hermosa se ciñó una cota de armas de seda, que en ningún combate había podido ser mellada por la espada: era un tejido de la Libia muy bien hecho, adornado con dibujos primorosos.

Sin embargo de que ante los guerreros manifestaban gran orgullo, Dankwart y Hagen estaban poco tranquilos. Su espíritu se agitaba temiendo por su señor, y se decían: « De este viaje no saldrá nada bueno para los guerreros.»

Entretanto, Sigfrido, el astuto joven, sin que nadie lo viera, había vuelto á la embarcación para traerse la Tarnkappa que dejara oculta allí.

Dióse prisa en volver y vió á un gran número de guerreros: la reina venía entre ellos para preparar las pruebas. Se adelantó haciéndose invisible y ninguno de ellos pudo verlo gracias á su artificio.

Se trazó el sitio en que las pruebas debían celebrarse, ante un gran número de guerreros. Eran mas de setecientos bien armados y ellos estaban encargados de decidir en justicia á quién pertenecía la victoria.

Hé aquí que se acerca Brunequilda, armada como si fuera á combatir por los dominios de un rey. Sobre sus vestidos de seda, trae muchas láminas de oro. Su belleza seductora deslumbra bajo aquel traje.

Después vienen los de su acompañamiento, que le traen un escudo de oro, grande y ancho recamado de placas de templado acero, con el cual ha de combatir la joven digna de amor.

Las abrazaderas de aquel escudo, eran de un riquísimo tejido en el que lucían piedras preciosas, verdes como la yerba; brillaban refulgentemente entre el oro en que estaban engarzadas. Muy bravo tenía que ser el que agradara á la joven aquella.

Aquel escudo de acero y oro con que la reina debía combatir, tenía, según nos han dicho, el grueso de tres hojas por la parte de las hebillas, y con gran trabajo podían conducirlo cuatro de sus camareros.

Cuando el fuerte Hagen vió el escudo que traían, gritó con gran cólera el de Troneja: « ¿Ves ahora, rey Gunter? Aquí dejaremos nuestra vida y nuestro cuerpo. La que pretendéis por amor, es una mujer de los demonios.»

Sabed aún más acerca de sus vestidos; eran magníficos. La cota de armas que llevaba era de seda de Azaganga muy noble y rica. Muchas piedras deslumbradoras iluminaban á la reina con sus reflejos.

Trajeron á la hermosa una lanza pesada y larga, muy fuerte y cuyos filos cortaban de una manera horrible. Era la misma de que siempre se servía.

Sabed las maravillas que se cuentan del peso de aquella lanza: había sido forjada con cuatro enormes mazas de hierro. Apenas si podían con ella tres guerreros de Brunequilda. El noble Gunter comenzó á experimentar algún cuidado.

Pensaba en su interior: « ¿Qué va á suceder aquí? ¿El diablo del infierno sostendrá esta lucha? Que pueda re-

gresar al Rhin con vida y por mucho tiempo se verá libre de mi amor.»

Sabedlo bien: su temor era grande. Trajéronle todas sus armas y quedó bien preparado el rey poderoso. La inquietud había hecho perder á Hagen toda su presencia de espíritu.

Así habló el hermano de Hagen, el fuerte Dankwart: «Me arrepiento con toda mi alma de haber venido á esta corte. ¡Nos llamaban héroes! ¡Aquí debemos perder la vida! ¿Una mujer nos hará perecer en este país?»

»Gran dolor me causa haber venido á esta región. Si mi hermano Hagen tuviera sus armas y yo las mías, la fiereza de todos los hombres de Brunequilda se rebajaría un tanto.

»Por mi fé os lo juro: muchos se jactan de su arrogancia. Aun cuando mil veces hubiera jurado sostener la paz, antes que dejar perecer á mi amado jefe, la hermosa virgen perdería la vida.»

«En verdad que marcharíamos libremente de este país, dijo su hermano Hagen, si tuviéramos nuestras espadas.»

La hermosa comprendió lo que decía y mirándolo por encima del hombro, dijo sonriendo: «Por cuanto tan fuertes se creen, que les traigan sus armaduras, que pongan en manos de esos héroes sus afiladas espadas.»

»Para mí es igual que estén armados, como que estuvieran completamente desnudos.»

Cuando tuvieron las espadas, según las órdenes de la joven, Dankwart se puso rojo de alegría. «Ahora esgrimid como queráis,» dijo el esforzado héroe, «Gunter es invencible: nosotros tenemos nuestras espadas.»

La fuerza de Brunequilda se manifestó de una manera terrible: le trajeron al círculo una pesada piedra grande, redonda y enorme. La traían entre doce guerreros.

Tenía por costumbre arrojarla después de haber manejado la lanza. La inquietud de los Borgoñones se hizo mayor. «¿Pero qué es lo que el rey pretende?» exclamó Hagen con ira: «Así sea en los infiernos la novia del maldecido demonio.»

Se ajustó la manopla á sus blancos brazos, abrazó el escudo con una mano y levantó la javalina en la otra. Gunter y Sigfrido tenían ya el furor de Brunequilda.

Y si Sigfrido no hubiera acudido en ayuda del rey,

le hubiera arrancado la vida. Se aproximó invisible y le tocó la mano; Gunter se apercibió de su astucia con gran inquietud.

«¿Quién me ha tocado?» pensó el atrevido hombre; y mirando á su alrededor, no vió á nadie. Le dijo: «Soy yo, Sigfrido, tu fiel amigo, no tengas temor ninguno por la reina.»

»Abandona de tus manos el escudo, déjame lo coger á mí, pon gran atención á todo lo que yo diga: tú haz los ademanes, yo haré el trabajo.» Cuando lo reconoció tuvo un gran placer.

«Disimula mi astucia; esto será bueno para los dos: así la joven reina no ejercerá su soberbia sobre tí, como es su intención. Mira ahora como está preparada contra tí en el extremo del círculo.»

Esgrimió con gran fuerza la valerosa joven la lanza contra el nuevo y brillante escudo que llevaba en el brazo el hijo de Sigelinda.

La fuerte punta de la espada atravesó el escudo y se vió salir chispas de los anillos de la cota. Del fuerte golpe cayeron los héroes: sin la Tarnkappa los dos hubieran muerto.

El fuerte Sigfrido echó sangre por la boca: pero el buen caballero se levantó rápido, cogió la javalina que le había arrojado ella, y con segura mano, la esgrimió á su vez.

Él se dijo: «Yo no quiero matar á la hermosa virgen.» Volvió el filo de la javalina hacia atrás y lo arrojó por el puño con tanta fuerza que la hizo tambalear.

Brotaba el fuego de la coraza como si lo hubiera soplado el viento. Con tanto vigor se había lanzado el hijo de Sigelinda, que ella, á pesar de su fuerza, no pudo resistir el golpe; semejante cosa no la hubiera hecho nunca el rey Gunter.

La hermosa Brunequilda, se levantó inmediatamente: «¡Gunter, noble caballero, gracias por este golpe!» Creía ella que la había vencido con sus fuerzas: no, un hombre más fuerte la había derrotado.

Se adelantó enseguida llena de furor, levantó la piedra la noble y buena joven: lanzóla con gran vigor lejos de sí, dió un salto y su armadura crujió con fuerza.

La piedra había caído á doce brazadas de allí: de un bote había rebasado la distancia la noble virgen. Fué el atrevido Sigfrido hasta el sitio donde estaba la piedra; Gunter la levantó y Sigfrido lanzó el golpe.

Era fuerte, vigoroso y fornido: lanzó la piedra más lejos y saltó también á mas distancia. Gracias á aquellas mañas, tenía fuerza bastante para saltar al mismo tiempo con el rey Gunter.

El salto estaba dado, allí se hallaba tendida la piedra; solo á Gunter el héroe se había visto. La hermosa Brunequilda se puso roja de furor; Sigfrido había salvado al rey Gunter de la muerte.

La reina dijo á los de su acompañamiento cuando vió al héroe fuera de peligro al otro extremo del círculo. «Aquí, mis parientes y guerreros, es menester que todos os sometáis al rey Gunter.»

Aquellos bravos abandonaron sus armas, y muchos vigorosos hombres se pusieron á los pies de Gunter, rey del país de Borgoña.

Los saludó cariñosamente, pues tenía muy buenas prendas. La hermosa digna de alabanza, lo tomó de la mano y le concedió poder sobre su reino. Los guerreros fuertes é impetuosos se alegraron.

Ella rogó al noble caballero que la acompañara al magnífico salón, donde fueron servidos los guerreros. El fuerte Sigfrido lo había preservado de la desgracia.



Sigfrido el atrevido era prudente y se apresuró á ocultar la Tarnkappa. Después volvió al salón donde se hallaban muchas mujeres: dijo al rey con fingimiento:

«¿Qué es lo que esperáis, señor rey, que no comenzáis las numerosas pruebas que la reina os ha propuesto? Dejados ver como las realizáis.» El astuto héroe simulaba no haber visto nada.

Así habló la joven reina: «¿Cómo es que nada de las pruebas que el rey Gunter ha realizado aquí con su propio valor, lo ha visto el señor Sigfrido?» Á esto respondió Hagen, del país de Borgoña.

«Mientras que nos asombrabais con vuestro valor y el jefe del Rhin vencía en la lid, el buen héroe Sigfrido estaba en la barca; por esto no ha visto nada.»

«Es para mí una buena noticia,» dijo el noble Sigfrido «que nuestro viaje haya tenido tan buen éxito y que os hayáis encontrado vencedor. Ahora, noble joven, nos seguiréis al Rhin.»

Así respondió la hermosa. «No puede ser tan pronto. Es menester llamar á mis parientes y á mis hombres: no puedo dejar mi país tan repentinamente.»

Envío mensajeros por todas partes: estos advirtieron á sus parientes y amigos que fueran pronto á Isenstein; á cada uno dió ricos y magníficos trajes.

Caminaron día y noche hacia la ciudad de Brunequilda. «Pero ¿qué hacemos?» dijo Hagen; «mal obramos esperando aquí á la gente de Brunequilda.»

«Si llegan á esta tierra por la fuerza, no sabemos los designios de la reina: ¿volverá su cólera? entonces estamos perdidos, y esta noble joven ha nacido para causarnos grandes sobresaltos.»

El fuerte Sigfrido dijo: «No lo sufriré en manera alguna. Nunca sucederá lo que teméis. Yo traeré en vuestra ayuda á este país, guerreros cuya destreza os es desconocida.»

«Nada pediréis cuando me haya marchado; quiero ir muy lejos; Dios guardará vuestro honor entre tanto. Quiero traer mil hombres, los mejores héroes que nunca hayáis visto.»

«No estéis ausente mucho tiempo,» le dijo el rey «pues sin vuestra ayuda, no conseguiremos nada.» Le respondió. «Estaré de vuelta dentro de muy pocos días. Decid á la reina que me habéis enviado con una embajada.»

VIII

DE COMO SIGFRIDO SE DIRIGIÓ EN BUSCA DE LOS NIBELUNGOS

Inmediatamente después, Sigfrido, llevando siempre su Tarnkappa, se dirigió por la playa hacia el puerto en que se encontraba la barca. Penetró en ella invisible para todos, el hijo de Sigemundo. Después se alejó rápido como el viento.

Nadie veía quien era el que conducía la barca: la embarcación se alejaba rápida, pues la fuerza de Sigfrido era grande. Hubiera podido creerse que la impulsaba un fuerte viento, pero solo la llevaba Sigfrido, el hijo de la hermosa Sigelinda.

En un día y una noche llegó á un poderoso reino que tenía cien marcas, y aun más extensión, el cual se llamaba el país de los Nibelungos; allí era donde tenían su cuantioso tesoro.

El héroe llegó solo á una gran isla. Pronto amarró su barca el buen caballero y enseguida se dirigió á una montaña cerca de la que había una ciudad en la que buscó

asilo, como suelen hacer los rendidos por la fatiga del camino.

Llegó ante las puertas que estaban cerradas: defendían su honor como aun sucede en nuestro país. El hombre desconocido comenzó á dar golpes en ellas: todo estaba prevenido; en el interior había gente.

Un gigante que, con sus armas siempre dispuestas, guardaba la ciudad, le dijo: «¿Quién es el que tan fuertemente llama á las puertas?» El arrogante Sigfrido, fingiendo la voz, le dijo:

«Soy un guerrero; ábreme la puerta, pues, de lo contrario, alguno que prefiere á todo el dulce reposo y su comodidad, tendrá que sentir mi cólera.» La respuesta dada por Sigfrido irritó al guardián.

El gigantesco guerrero se vistió su armadura y se puso el casco en la cabeza; el hombre fuerte cogió su escudo y abrió la puerta, lanzándose furioso sobre Sigfrido.

«¿Quién se ha atrevido á despertar á tantos esforzados hombres?» Su mano daba fortísimos golpes. El noble extranjero comenzó á defenderse, pero tal hizo el portero, que le rompió la cota de mallas.

El héroe temía la espantosa muerte, pues el guardián de la puerta golpeaba con violencia.

Combatieron con tanto extrépito, que toda la ciudad se alarmó, llegando el ruido hasta el salón del rey de los Nibelungos. Derrotó y amarró al portero. La noticia se esparció por todo el país de los Nibelungos.

Mas allá de la montaña, Alberico el valiente, un enano salvaje, oyó la lucha. Se armó de prisa y corrió al lugar donde se encontraba el noble extranjero que había amarrado al gigante.

Alberico era valiente y muy fuerte. Llevaba yelmo y coraza y en la mano un pesado látigo de oro. Corrió rápidamente al encuentro de Sigfrido.

Siete pesadas bolas pendían del látigo, con las que golpeó el escudo de aquel hombre atrevido, rompiéndolo por varios lados. Gran cuidado tuvo por su vida el arrogante extranjero.

Dejó caer su agujereado escudo y volvió á la vaina su larga espada.

Arrojándose sobre Alberico, cogió con sus férreas manos las canosas barbas de aquel hombre, viejo ya, y tiró con tanta fuerza, que hizo gritar á aquel hombre. La acción del joven héroe dolió en el corazón á Alberico.

Así gritó el fuerte enano. «Perdóname la vida: y si me es permitido ser siervo de otro, que no sea un héroe de quien he jurado ser fiel vasallo; os serviré antes de morir.» Así dijo aquel hombre astuto.

Amarró á Alberico como había hecho con el gigante: la gran fuerza de Sigfrido le hacía mucho daño. El enano le preguntó: «¿Cómo te llaman?» Le respondió. «Me llamo Sigfrido: creí que me conocerías bien.»

«Me alegro de saberlo» le replicó Alberico, «sé que por vuestros heroicos trabajos, sois con justicia señor de este país. Yo haré lo que me mandéis si me dejáis libre.»

Así le contestó el héroe Sigfrido: «Irás rápidamente y me traerás los mejores guerreros nuestros que haya en el país: mil Nibelungos; que sepan que estoy aquí: no quiero haceros daño: os dejo la vida.»

Quitó las cuerdas al gigante y á Alberico. El enano corrió á donde estaban los guerreros y despertó á los Nibelungos diciéndoles: «¡Arriba! héroes, es menester que vayáis con Sigfrido.»

Saltaron de sus lechos y en breve tiempo estuvieron dispuestos. Mil esforzados guerreros se vistieron sus mejores trajes y fueron á donde estaba Sigfrido. Saludaron al hermoso héroe y estrecharon su mano.



Se encendieron muchas luces y le prepararon una deliciosa bebida: les dió las gracias por haber venido tan pronto y les dijo: «Tendréis que venir conmigo hasta muy lejos.» Dispuestos á seguirle estaban muchos héroes fuertes y buenos.

Más de treinta mil guerreros habían llegado; entre ellos fueron escogidos los mil mejores. Trajéronles sus yelmos y sus armaduras, pues quería fueran con él al reino de Brunequilda.

Les dijo: «Mis buenos caballeros, quiero que sepáis que es menester llevar muchos y ricos vestidos á esta corte, pues allí os verán muchas hermosas mujeres: por

esto hay que llevar muy ricos trajes.»

Posible es que algún ignorante diga que esto es un cuento y pregunte: ¿Cómo en tan poco tiempo pudieron reunirse tantos caballeros? ¿Dónde hubieran podido hallar vituallas? ¿Dónde hubieran cogido los trajes? Nada hubieran podido hallar ni aun teniendo treinta países á su disposición.

Ya se ha oído hablar de las riquezas de Sigfrido: el tesoro y el reino de los Nibelungos estaban á su disposición; distribuyó aquel tesoro abundantemente entre los guerreros y sin embargo no disminuía, cualquiera que fuera la cantidad tomada.

Partieron una mañana temprano. ¡Qué hombres tan valerosos llevaba Sigfrido en su compañía! Llevaban consigo buenos caballos y magníficos vestidos: de este modo llegaron al país de Brunequilda con grande ostentación.

En él vieron muchas hermosas jóvenes detrás de los miradores. Así dijo la joven reina: «¿Sabe alguno quiénes son aquellos que veo á lo lejos bogar hacia aquí? Han arriado blancas velas más limpias que la nieve.»

El rey del Rhin le contestó: «Son soldados míos que había dejado detrás en mi viaje cerca de aquí. Los he hecho llamar y hélos ahí que ya vienen.» Los arrogantes extranjeros fueron admirados con alegría.

En la popa de uno de los barcos se veía á Sigfrido vestido con un soberbio traje y rodeado de muchos guerreros. La joven reina, dijo: «Decidme, señor rey: ¿debo saludar á esos guerreros ó no?»

Él le contestó: «Vos debéis salir á su encuentro hasta la puerta de vuestro palacio, á fin de que comprendan que los veis con gusto.» La joven reina hizo lo que el rey le

decía: por su atención distinguió á Sigfrido de todos los demás.

Diéronles alojamiento y se brindaron á cuidarse de sus trajes. Era tan grande el número de huéspedes venidos al país, que por todas partes se los veía en patrullas. Los héroes atrevidos deseaban volver á Borgoña.

Así habló la joven reina: «Quedaré muy agradecida de los que sepan distribuir mi oro y mi plata á los huéspedes míos y del rey, que son tan numerosos.» Así le contestó Dankwar el fuerte, el guerrero de Geiselher.

«Muy noble reina: dejadme tomar las llaves; tengo confianza de hacer bien la repartición.»

Cuando el hermano de Hagen hubo recibido las llaves, la mano del héroe hizo suntuosos regalos: al que deseaba un marco, le daba tantos, que los pobres pudieron luego pasar cómodamente la vida.

Muy bien puede calcularse que daba cien libras sin contarlas. Muchos salieron del salón llevando ricos trajes que nunca soñaron tener. La reina lo supo y se manifestó disgustada.

Así le dijo al rey: «Hace tan ricos presentes ese guerrero, que no parece sino que imagina que me voy á morir: aun quiero disfrutar de ello y pienso que podré gastar lo que mi padre me ha dejado. Nunca tuvo una reina camarero tan dispendioso.»

Hagen de Troneja, le dijo: «Señora, debéis saber que el Rey del Rhin tiene oro y trajes en tanta cantidad, que no queremos llevar ni una parte de lo que tiene aquí Brunequilda la buena.»

Llenaron las arcas de piedras preciosas. Su camarera tenía que vigilar esto, pues ya había perdido la confianza en el guerrero de Geiselher. Gunter y Hagen no pudieron menos de echarse á reír.

La joven reina, dijo: «¿Á quién dejaré mi reino? Es necesario que nosotros mismos pongamos esto en orden.» El noble rey le contestó: «Haced que venga aquí vuestro preferido y lo haremos jefe.»

El más próximo pariente que la joven veía allí, era un hermano de su madre, al que le dijo: «Permitid que os encargue de mis ciudades y de mis campos; tal es el deseo del rey Gunter.»

Entre sus hombres más valientes escogió dos mil que debían acompañarla á Borgoña en compañía de los mil guerreros que habían venido del país de los Nibelungos. Inmediatamente preparose el viaje y se los vió cabalgar por la arena.

Llevó consigo ochenta y seis mujeres y doscientas vírgenes de hermosos cuerpos. No se detuvieron mucho tiempo, pues todos deseaban partir.

Después de tan elevadas pruebas, la joven abandonó su país y abrazó á sus amigos que estaban más próximos. Con bendiciones de todos se lanzaron al mar; después nunca volvió la joven al país de sus padres.

Durante el viaje se realizaron alegres juegos y se tañeron dulces instrumentos. Una brisa ligera impulsaba sus bajeles.

Durante el viaje no quiso manifestar su amor al rey.

Esta delicia la reservaba para cuando llegaran á Worms, después de los desposorios: llegaron al fin en compañía de los héroes llenos de alegría.

(CONTINUARÁ)

COLECCION DE TARJETAS POSTALES publicadas por la casa HERMENEGILDO MIRALLES

